

## El concurso de relatos de la SEV

PRIMER PREMIO

### FIN DEL JUEGO ..... por Francesc Poblador

— Ha pasado una semana. ¿Seguro que funcionará? —preguntó Tomás.

Octavio frunció el ceño ante esa pregunta, que se había formulado demasiadas veces este tiempo. Por suerte, estaba de espaldas al muchacho y éste no puedo verlo.

—La suerte está echada. Solo queda esperar —respondió.

Tomás le miró decepcionado. Le costaba creer que, en la ciencia, los resultados no fueran claros de un día para otro. En la sala, Victoria miraba por la ventana con expresión endurecida, como esperando a que llegase algo. La señora Gilda ordenaba los útiles que habían encontrado. Nadie mostraba ya optimismo alguno. ¿Cómo hacerlo?

*Titanovirus*. Ése era el nombre de la amenaza a la que se enfrentaban. Algo tan grande y tan complejo que para su estudio detallado harían falta décadas. Su descubrimiento no alertó a la comunidad científica al principio; al fin y al cabo, pese a su inmenso genoma, ya había otros virus y enfermedades más preocupantes de los que ocuparse.

Para cuando el mundo vio la amenaza real, era demasiado tarde. La grandísima cantidad de genes que el virus poseía le permitía tener todo tipo de herramientas para transmitirse, infectar y, lo peor, evitar ser eliminado. Se le llamó “el virus definitivo”, pues parecía poseer todos los mecanismos ventajosos posibles: desde ocultarse del sistema inmune, a una capacidad mutagénica asombrosa. Pese a eso, el mundo no notaba la existencia del virus. Aun cuando los estudios indicaban su presencia en más del 85 % de seres humanos del planeta, no parecía tener efecto en los huéspedes. Como los herpesvirus, permanecía latente... hasta que dejó de estarlo.

Nadie sabe por qué de repente el virus se activó, en millones de personas a la vez. La cantidad de síntomas era abrumadora, pero los más comunes causaban desórdenes mentales, que empezaban con insomnio y terminaban en delirios y paranoias, hasta declarar a los afectados clínicamente locos. Otros

se relacionaban con fiebres y sudores que derivaban en fallos neuronales y hacían caer en coma a los pacientes, hasta causarles la muerte. En cuestión de meses, decenas de millones de seres humanos sucumbieron al *Titanovirus*. Las sociedades se derrumbaron, incapaces de atender tantísimos casos o de investigar para obtener una vacuna.

En el día de hoy, el mundo había quedado reducido a ciudades desiertas. Los pocos que habían mostrado síntomas del virus y que no estaban ya muertos o comatosos se refugiaban donde podían, hablando consigo mismos y viendo a todos como una amenaza, a la espera de caer en un sueño del que no despertarían.



**Francesc Poblador**, doctorando en Universidad de Barcelona, Facultad de Medicina, Departamento de Biomedicina, Hospital Clínic, Grupo de citomegalovirus.

Octavio se maravillaba de que ninguno de ellos hubiera mostrado aún síntomas. Llevaba semanas sin tener contacto con otras personas, y pensaba que lo que quedaba de la Humanidad se refugiaba, como ellos, esperando un milagro. No era fácil pensarlo, pero se negaba a quedarse quieto y aguardar la muerte.

Habían jugado su última carta. Tras instalarse en un complejo abandonado de laboratorios, Victoria encontró unas notas de investigación del *Titanovirus*, y Octavio las usó para crear una especie de vacuna a partir de restos del virus que quedaban en las instalaciones. Sabía que el proceso para crear vacunas era mucho más complejo, pero en esta situación, no tenían otra opción que tener esperanza.

Ya había pasado una semana desde que inyectó su “vacuna” al grupo.

—Vamos, muchachos, ahora hay que recuperar fuerzas y ¡a dormir, que mañana será otro día!—dijo la señora Gilda, fingiendo positividad.

Al oír eso, Victoria se giró bruscamente, tensa. Su expresión era más dura de lo habitual.

—¿Estás bien, querida? —le preguntó la señora Gilda.

—Lo estaré —respondió Victoria, relajando su postura.

*Raro, incluso para ella*, pensó Octavio. *¿No será que...?*

—Victoria... ¿tienes problemas para dormir? —le preguntó.

Se hizo un silencio tenso durante unos segundos. El insomnio era el primer síntoma... y el que llevaba al final menos agradable.

—Esto es culpa tuya —le espetó la muchacha.

—¿Perdón? —la miró Octavio, confundido.

Victoria estaba delante de él, mirándole con odio, como si Octavio hubiese sido el responsable de matar a su familia.

—Desde que me pusiste esa “vacuna”, apenas he podido pegar ojo. No sé qué has hecho, pero has acelerado al virus. Nos has condenado.

—Victoria, eso no... —empezó Octavio.

—¡CÁLLATE! —le gritó ella, y le soltó un puñetazo con toda su fuerza.

Octavio cayó contra una poyata, derribando botellas encima de él, y quedó aturdido.

—Pero ¿¡qué haces!? ¿Por qué le atacas? —gritó la señora Gilda.

Victoria miró a Gilda con el mismo odio. Se giró hacia Tomás, que estaba petrificado, y luego volvió a mirar a Octavio, haciendo una mueca.

—Ya veo. Sólo a mí no me vacunaste. Te oigo roncar tan a gusto cada noche. Os oigo a todos. Pero si voy a morir, no lo haré sola.

Octavio lo vio claro: Victoria estaba en fase de delirio. Era un peligro para ella y para todos. Gilda trató de acercarse a Victoria y calmarla, pero ésta cogió una botella aún intacta y se la arrojó, estrellándola en su cara.

—¡ALÉJATE DE MÍ! —gritó furiosa.

La señora Gilda gritó de dolor, mientras un hedor acre empezaba a asomar: la botella contenía ácido, y estaba derritiéndole el rostro.

—¡MI CARA! —aulló la mujer, que salió corriendo de la sala. Por los golpes que se oían, la pobre iba dando tumbos por el pasillo, con un destino que probablemente ni ella tenía claro.

Octavio miró a Tomás, que seguía quieto, conmocionado. Le observaba fijamente.

—Corre —pronunció.

Como un resorte, el pequeño reaccionó y huyó aterrado. Victoria lo miró con desprecio, y luego miró a Octavio. Su expresión era demencial.

—Ya iré a buscarlo después. Ahora... vamos a vacunarte a ti —dijo, mientras se giraba hacia la mesa con el instrumental quirúrgico.

Octavio trató de incorporarse, pero no pudo. Los cristales de las botellas le habían cortado, y quién sabe qué líquidos contendrían. Sangraba mucho y se sentía débil.

Ya está... *fin del juego, virus del demonio*. Has ganado, pensó Octavio, mientras veía a Victoria acercarse con una jeringa en cada mano, y una sonrisa maníaca en el rostro.

### CAMBIARLO TODO ..... por Jesús Urquiza

No quiero que me recuerden por quien soy, por mi cara, por mi pelo, por mi ropa o por mi coche. No somos las cosas que tenemos, no somos las cosas que pensamos. Somos aquello que hacemos, y por lo que luchamos.

Escribo esto porque estoy perdido. Sé dónde estoy, pero no me encuentro. No sé a quién escribo, o si realmente quedará alguien que pueda leer estas palabras. Mi historia es muy similar a todas aquellas ya narradas anteriormente, nunca he tenido de más ni de menos en los años que he estado aquí.



En los años que empecé a estudiar Biología, Cambridge era muy diferente a como es ahora; los profesores, los alumnos, todos corríamos en una misma dirección, una meta común, un ideal. Por esa época solía asistir a las charlas de Hens Riseling sobre crecimiento demográfico masivo y superpoblación. Me apasionaba, pocas veces he sentido ese cosquilleo, esa chispa que me indicaba que este era el camino que debía tomar, que algo había que hacer. Busqué grupos de estudiantes de Biología, Farmacia o Medicina que tuvieran una visión del mundo similar a la mía. Era increíble lo soberbio que podía llegar a ser con mis discursos. No tardé en buscar un profesor que me pudiera brindar los conocimientos necesarios en el área de la Virología. Creía que sabía perfectamente lo que sucedía en el mundo, ocho mil millones de personas copiaban el planeta el año que comencé mi tesis en virus adeno-asociados con el doctor Shenji, el cual siempre mostró un gran interés en que completara mi formación con él en Delaware, Estados Unidos.

Mi llegada allí no fue bien recibida por algunos estudiantes del laboratorio, que pensaban que los chicos londinenses no éramos más que los niños ricos de la ciencia. Rápidamente me integré en su grupo, siempre se me ha dado bien hacer estas cosas, integrarme en sitios donde no encajo, interpretando bien mi papel.

Pronto descubrí allí una serie de ideas que nunca antes había pensado. Tras un debate acalorado con Shenji, yo seguía firme en mi postura de estudiar los virus adeno-asociados como posibles virus empleados en terapias mutacionales. En concreto en terapias de esterilización. Siempre he tratado de defender esta teoría con la idea de que la esterilización de diferentes especies de mosquito o de artrópodo podría erradicar un gran número de enfermedades, aunque yo sabía que ese no era mi motivo final. Shenji siempre pensó que la idea de emplear sus cepas para la esterilización sería muy arriesgada, al no poseer una alta estabilidad replicativa. Aparte, él siempre pensó que la vida fue otorgada por una razón, y que el ser humano no es quién para arrebatar esa razón a la vida.

Nunca he entendido esa postura acerca de quién es alguien para cambiar algo, o quién es alguien para cambiar el orden de las cosas. Seguí en mi papel. Le necesitaba aún.

Los meses iban sucediéndose y yo seguía recopilando información del material genético hereditario y las células germinales. Tenía una cepa prometedora de virus adeno-asociado, sus características eran perfectas: pequeño tamaño, de unos 25 nanómetros; expresión persistente en diferentes líneas celulares humanas y de mono; transducción en gran variedad de estas células; y, lo más importante, evadía la respuesta inmune celular en todos los ensayos con las ratas que pude sustraer del animalario.

Tras esto, me propuse la modificación de la hebra de DNA del virus para la incorporación de la maquinaria vector. Los años que pude pasar empleando la técnica de CRISPR me enseñaron a dirigir las enzimas a las bases que quería cambiar, modificar, o eliminar. Una vez insertado sólo me quedaba lo más difícil: cómo dirigir el virus a células germinales. Repasando libros en la biblioteca del hospital me di cuenta de una cosa. ¿Qué era lo que distinguía las células somáticas de las germinales? Poseían dotación cromosómica haploide. Una oleada de alegría, pánico y confusión me inundaron, ¿lo había logrado? o ¿habría sido otra idea fallida igual que las de los últimos tres meses? Sólo debía estudiarlo, probarlo.

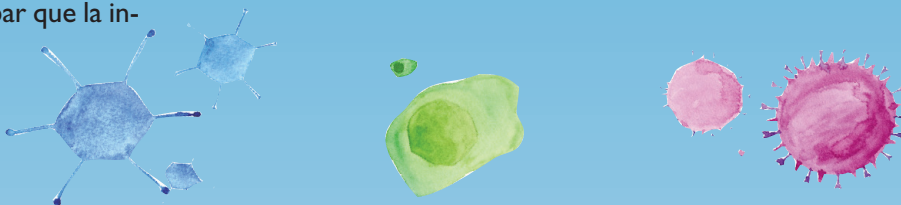
Tras tres meses con más de veinte ratas en un laboratorio vacío en la última planta en remodelación del hospital, pude comprobar que la infección con mi “adeno” era exitosa. A partir de aquí mis recuerdos son más borrosos, no conseguía dormir bien por las noches, el doble esfuerzo para llevar a cabo las investigaciones en mi laboratorio y en el laboratorio improvisado de la última planta me tenían exhausto. Finalmente me decidí a probar la infección con el virus en células de la línea germinal. Tras el mantenimiento de estas líneas con una infección permanente, pude ver que la funcionalidad de estas células había desaparecido. Decidí llamarlo VEX. Me gusta ese nombre, siempre me gustó.

Lo más difícil fue sacarlo con seguridad del laboratorio, aparte de que no se podía sacar nada de las instalaciones, el proceso de ducha complicaba la operación. Una vez conseguido sólo quedaba liberarlo. Me decidí por el aeropuerto de Londres, Heathrow, lo tenía muy claro. No me acuerdo de ese día con exactitud, sólo sabía que sería el fin de algo, y el comienzo de otra cosa. ¿Mejor, peor? Diferente.

Tras dos meses buscando en las noticias por fin vi una que me impactó. Seis semanas sin nacimientos en París. Había comenzado.

Realmente nunca he sabido si cada persona tiene algo previsto, o un destino, si yo debo convertirme en algo o es el resto del mundo lo que debo transformar.

Hoy, tras tres años sin nacimientos en todo el mundo, quiero poner fin a esto. Algunos me llamarán cobarde por irme de esta manera; otros asesino, genocida o incluso sociópata. No sé realmente qué significa cada una de esas palabras. Sólo sé que no quiero que me recuerden por quien soy, por mi cara, por mi pelo, por mi ropa o por mi coche. Sólo sé que no somos las cosas que tenemos, no somos las cosas que pensamos. Somos aquello que hacemos, y por lo que luchamos.



**Jesús Urquiza**, doctorando en Instituto Nacional de Investigación Agraria y Alimentaria (INIA), Madrid.

*Dibujos realizados por el Dr. Miguel Ángel Cuesta Geijo (INIA), Madrid.*

